

EL CUARTEL REAL.

PERIÓDICO CARLISTA.

DIOS.

PÁTRIA.

REV.

CONFESIONAL.

S. M. el Rey N. S. (q. D. g.) continúa sin novedad al frente de su leal y valiente ejército.

S. M. la Reina y sus augustos hijos siguen también sin novedad en su importante salud.

ORDEN GENERAL

DEL DIA 9 DE NOVIEMBRE DE 1873
DE S. M. EL REY AL EJÉRCITO.

Voluntarios:

Bandigo al Dios de los Ejércitos, que hace que cada vez que os dirijo la palabra, sea para consignar un nuevo triunfo en la ya larga y no interrumpida serie de los que con su auxilio hemos obtenido. Después de la jornada gloriosa de Puente la Reina y Mañeru, acabais de conseguir una victoria mas en los campos de Barbárin y Urbiola. El enemigo, que saliendo de Los Arcos el día 7 y atacado con gran empuje nuestras posiciones, lograra, merced á su formidable artillería, ocupar por breve tiempo aquellos pueblos, os miro impávidos, inmóviles ante sus esfuerzos y ante lo rudo del temporal; y no obstante sus superiores fuerzas de infantería, su numerosa caballería y sus 24 cañones, hubo de retroceder al tercer día de un porfiano combate, siempre distinguido por vuestra indomable bravura, hasta el lugar de donde sahera, abandonado en su huida, efectos, heridos y prisioneros.

La Reina de los cielos, Generala de las armas carlistas, cuya imagen llevais en vuestras banderas, ha querido señalar su día, dejándoos pruebas evidentes de su Patrocinio.

Gracias, valientes voluntarios de Navarra, Vizcaya, Alava, Castilla y Rioja. Estoy satisfecho de vosotros. Las numerosas huestes republicanas han vuelto las espaldas una vez mas, ante vuestro sufrimiento y vuestro arrojo. Moriones, que prometiera llegar á Estella, ha visto como siempre, fallidos sus cálculos.

Deseando pues, perpetuar la memoria de tan glorioso hecho de armas, he dispuesto crear una medalla conmemorativa, para premiar el heroísmo de todos los que en él habéis tomado parte. Esta batalla, en la que generales, jefes, oficiales y clases de tropa han llenado tan cumplidamente sus deberes, á mas de una victoria presente, es una promesa cercana, es una esperanza segura de que muy en breve, ha de llegar mediante vuestros sacrificios, el reinado del orden y la paz, para nuestra afligida y trabajada patria.

Voluntarios: yo os he acompañado en el combate, yo os he visto vencer, yo estoy orgulloso de vosotros.

Carlos.

S. M. el Rey, que siempre premia merecidamente los distinguidos servicios de sus leales súbditos, acaba de elevar al ilustre general Elio á la mas alta categoría de la milicia, como verán nuestros lectores por la carta que á continuación insertamos:

Mi querido Elio: Eres Capitan general de ejército desde que mi tío el Rey Carlos VI te lo ofreció, á pesar de tus reiteradas negativas en aceptarlo, fundadas, mas que en tu modestia, en tu espíritu militar y caballero, que deseaba dar ejemplo de moderación en una época en que la revolución ha despertado tantas y tan grandes ambiciones.

Sin embargo yo, que como Rey tengo el deber de hacer justicia, que te he visto luchar á milado contra todo género de dificultades en los primeros días de esta gigantesca campaña, y luego dirigir á mis inmediatas órdenes batallas como las de Dicastillo y Allo, y la última, que con tanta gloria para nuestras armas libré en los campos de Barbárin y Urbiola en los días 7, 8 y 9 de este mes, creo que no puedo dar mayor prueba de gratitud á mi valiente ejército, que recompensando su valor en la persona del veterano de nuestra causa.

Por lo tanto te pido que desde hoy añadas á tu faja de teniente general el entorchado que desde largos años podias haber lucido con honor.

Dios te guarde. Tu afectísimo,

CARLOS.

Cuartel Real de Estella 42 de Noviembre de 1873.

Reciba el veterano y distinguido general nuestra mas sincera felicitacion.

Parte oficial dirigida á S. M. por el Excmo. Sr. Coronel General D. Joaquín Elio acerca de la batalla librada en los días 7, 8 y 9 del corriente en los campos de Urbiola y Barbárin.

SEÑOR:

Aunque V. M. ha dirigido y presenciado las brillantes acciones de los días 7, 8 y 9, creo de mi deber elevarle todas las circunstancias y detalles importantes, para que puedan llegar á conocimiento de todos, evitando de este modo que se extravie la opinion pública con los inexactos partes de nuestros enemigos.

El día 3, á la noche de la llegada á Sesma de las columnas de Moriones y Primo de Rivera, y de la marcha de la primera á Los Arcos, me trasladé en seguida, con el permiso de V. M., en compañía de los Generales Olo y Argonz, al pueblo de Arroz, haciéndome seguir por el primer batallón de Navarra. El 2 tuve aviso de que la columna de Sesma marchaba hacia Los Arcos, llegando á reunirse allí con la otra fuerza á las 7 y media de la mañana. Ambas columnas formaban á las 9 en las afueras de la poblacion, en direccion á nuestras posiciones. Sufriendo un fuerte aguacero, permanecieron hasta las 11, y como este continuara, se retiraron á alojarse, á los Arcos Moriones, y á las dos villas inmediatas Sansol y Torres, la columna de Primo de Rivera. Los republicanos continuaron en sus puestos los días 5 y 6, sin duda porque no podian maniobrar á causa de la lluvia del día anterior, y yo mandé colocar todos los batallones carlistas del modo siguiente: batallón del Rey, en Arroz; Reina, en Barbárin y dos piezas de artillería; Príncipe,

en Dicastillo; Infanta Doña Blanca, en Arellano; Infanta Doña Elvira, en Villamayor; Cid, en Azqueta; Guernica, en Lúquia; Durango, en Urbiola; Arraia, en Iguzquiza; 1.º, 2.º y 3.º de Alava, en Ayegui; y la caballería de Navarra, Vizcaya y Alava con las partidas, en Allo; quedando en Estella los batallones Don Juan, Erual y Aragon.

Las disposiciones tomadas por el enemigo la noche del 6, me hicieron creer que á la mañana siguiente emprenderia su ataque, por lo que mandé que antes del amanecer del día 7, se ocupasen las posiciones que á cada cuerpo le estaban destinadas, siendo las mas importantes, la altura de Santa Cruz, extrema izquierda de nuestra línea, Barbárin, las alturas que le dominan, las que coronan á Lúquin, y todas las sucesivas, formando un arco hasta el pueblo de Villamayor, nuestra extrema derecha.

A las 9 de la mañana, se dejó ver la vanguardia enemiga avanzando por el portillo llamado Cogullo, y formando sus masas en la ladera de Barbárin, donde concentró todas sus fuerzas. Uno de nuestros dos cañones situados en Barbárin, dió la señal del ataque disparando contra la caballería enemiga, que hizo alto, adelantando la infantería y parte de su artillería, rompiendo un fuego de cañon con 14 ó 16 piezas, á cuyo apoyo avanzó una fuerte columna de infantería. Esta atacó con gran vigor el pueblo de Barbárin, el cual fué defendido, así como sus alturas, con un denuedo indecible, sin que pudiesen avanzar hasta que el batallón de la Reina, conciliadas las municiones, hubo de replegarse sobre el 3.º, que continuó la lucha con igual tenacidad, sosteniéndola su vez por el 1.º y 4.º, y con tan buena suerte, que el enemigo no pudo pasar la primera altura sobre Barbárin.

Entre tanto, los republicanos habian dirigido parte de sus fuerzas sobre Lúquin y Urbiola, posesionándose de ambos pueblos que estaban abandonados, y destacando desde ellos columnas que atacaron las alturas de uno y otro. Valientemente defendidas por los vizcainos y 5.º batallón de Navarra, fueron rechazados los soldados de la república por todas partes, hasta el punto de ser encerrados en las tres poblaciones, encorriendo oportunamente en la extrema derecha, á este propósito, las fuerzas riojanas.

El 2.º batallón de Navarra que habia consumido sus cartuchos, bajó al pueblo de Azqueta, y municionado de nuevo, marchó con el Sr. General Dorregaray, á quien V. M. ordenó dirigirse á las alturas de Villamayor, y que se acantonara en aquel pueblo durante la noche. La situacion de nuestras fuerzas quedó, pues, de este modo: cinco batallones en Villamayor á las órdenes del Sr. General Dorregaray, con los Sres. Generales Valdespina, Laramendi y brigadier Lorente; cuatro batallones en Azqueta, bajo el mando del General Velasco; unos y otros, cubriendo la altura hasta las inmediaciones de Urbiola y Lúquin. Otros cinco batallones en Arellano con las partidas, y cubriendo su frente hasta Lúquin y Barbárin; estos seguian mandados por los Generales Olo, Argonz, Iturmendi y Mendiri. A retaguardia de Azqueta se situó la caballería con parte de la fuerza alavesa, quedando el resto, que no se habia movido, en Estella.

Establecidas así las tropas, ya de noche, tuve el honor de acompañar á V. M. á esta ciudad á la vez que á sus augustos hermanos que le habian seguido al campo de batalla, siendo despedido V. M. por nuestros bravos, con el mismo entusiasmo con que fué recibido á su presentacion. El día 8 amaneció diluviando, mas no obstante la inclemencia del tiempo, los voluntarios siguieron ocupando las mismas posiciones que el día anterior. Esta copiosa lluvia no impidió á los republicanos hacer una salida simultánea por los tres pueblos, mas enérgica por Barbárin y Lúquia, siendo rechazados igualmente en todos los puntos. A medio día, habiendo cesado la lluvia y mejorado bastante el tiempo, volvió á salir el enemigo de los tres pueblos mencionados, pero con el mismo resultado que por la mañana. Des-

EL CUARTEL REAL.

PERIÓDICO CARLISTA.

DIOS.

PÁTRIA.

REV.

S. M. el Rey N. S. (q. D. g.) continúa sin novedad al frente de su leal y valiente ejército.

S. M. la Reina y sus augustos hijos siguen también sin novedad en su importante salud.

ORDEN GENERAL

DEL DIA 9 DE NOVIEMBRE DE 1873
DE S. M. EL REY AL EJÉRCITO.

Voluntarios:

Bendigo al Dios de los Ejércitos, que hace que cada vez que os dirijo la palabra, sea para consagrar un nuevo triunfo en la ya larga y no interrumpida serie de los que con su auxilio hemos obtenido. Después de la jornada gloriosa de Puente la Reina y Mañeru, acabais de conseguir una victoria mas en los campos de Barbárin y Urbiola. El enemigo, que saliendo de Los Arcos el día 7 y atacando con gran empuje nuestras posiciones, lograra, merced á su formidable artillería, ocupar por breve tiempo aquellos pueblos, os miró impávidos, inmóviles ante sus esfuerzos y ante lo rudo del temporal; y no obstante sus superiores fuerzas de infantería, su numerosa caballería y sus 24 cañones, hubo de retroceder al tercer día de un portuazo combate, siempre castigado por vuestra indomable bravura, hasta el lugar de donde saliera, abandonando en su huida, efectos, heridos y prisioneros.

La Reina de los cielos, Generala de las armas carlistas, cuya imagen llevais en vuestras banderas, ha querido señalar su día, dejándoos pruebas evidentes de su Patrocinio.

Gracias, valientes voluntarios de Navarra, Vizcaya, Alava, Castilla y Rioja. Estoy satisfecho de vosotros. Las numerosas huestes republicanas han vuelto las espaldas una vez mas, ante vuestro sufrimiento y vuestro arrojo. Moriones, que prometiéra llegar á Estella, ha visto como siempre, fallidos sus cálculos.

Desearo pues, perpetuar la memoria de tan glorioso hecho de armas, he dispuesto crear una medalla conmemorativa, para premiar el heroismo de todos los que en él habeis tomado parte. Esta batalla, en la que generales, jefes, oficiales y clases de tropa han llenado tan cumplidamente sus deberes, á mas de una victoria presente, es una promesa cercana, es una esperanza segura de que muy en breve, ha de llegar mediante vuestros sacrificios, el reinado del orden y la paz, para nuestra afligida y trabajada patria.

Voluntarios: yo os he acompañado en el combate, yo os he visto vencer, yo estoy orgulloso de vosotros.

Carlos.

S. M. el Rey, que siempre premia merecidamente los distinguidos servicios de sus leales súbditos, acaba de elevar al ilustre general Elío á la mas alta categoría de la milicia, como verán nuestros lectores por la carta que á continuación insertamos:

«Mi querido Elío: Eres Capitan general de ejército desde que mi tío el Rey Carlos VI te lo ofreció, á pesar de tus reiteradas negativas en aceptarlo, fundadas, mas que en tu modestia, en tu espíritu militar y caballero, que deseaba dar ejemplo de moderacion en una época en que la revolucion ha despertado tantas y tan grandes ambiciones.

Sin embargo yo, que como Rey tengo el deber de hacer justicia, que te he visto luchar á mi lado contra todo género de dificultades en los primeros días de esta gigantesca campaña, y luego dirigir á mis inmediatas órdenes batallas como las de Dicastillo y Allo, y la última, que con tanta gloria para nuestras armas libré en los campos de Barbárin y Urbiola en los días 7, 8 y 9 de este mes, creo que no puedo dar mayor prueba de gratitud á mi valiente ejército, que recompensando su valor en la persona del veterano de nuestra causa.

Por lo tanto te pido que desde hoy añadas á tu faja de teniente general el entorchado que desde largos años podias haber lucido con honor.

Dios te guarde. Tu afectísimo,

CARLOS.

Cuartel Real de Estella 12 de Noviembre de 1873 »

Reciba el veterano y distinguido general nuestra mas sincera felicitacion.

Parte oficial dirigida á S. M. por el Excmo. Sr. Capitan General D. Joaquín Elío acerca de la batalla librada en los días 7, 8 y 9 del corriente en los campos de Urbiola y Barbárin.

SEÑOR:

Aunque V. M. ha dirigido y presenciado las brillantes acciones de los días 7, 8 y 9, creo de mi deber elevarle todas las circunstancias y detalles importantes, para que puedan llegar á conocimiento de todos, evitando de este modo que se extravie la opinion pública con los inexactos partes de nuestros enemigos.

El día 3, á la noticia de la llegada á Sesma de las columnas de Moriones y Primo de Rivera, y de la marcha de la primera á Los Arcos, me trasladé en seguida, con el permiso de V. M., en compania de los Generales Olla y Argonz, al pueblo de Arroniz, haciéndome seguir por el primer batallon de Navarra. El 2 tuve aviso de que la columna de Sesma marchaba hacia Los Arcos, llegando á reunirse allí con la otra fuerza á las 7 y media de la mañana. Ambas columnas formaban á las 9 en las alturas de la poblacion, en direccion á nuestras posiciones. Sufriendo un fuerte aguacero, permanecieron hasta las 11, y como este continuara, se retiraron á alojarse, á los Arcos Moriones, y á las dos villas inmediatas Sansol y Torres, la columna de Primo de Rivera. Los republicanos continuaron en sus puestos los días 5 y 6, sin duda porque no podian maniobrar á causa de la lluvia del día anterior, y yo mandé colocar todos los batallones carlistas del modo siguiente: batallon del Rey, en Arroniz; Reina, en Barbárin y dos piezas de artillería; Príncipe,

en Dicastillo; Infanta Doña Blanca, en Arellano; Infanta Doña Elvira, en Villamayor; Cid, en Azqueta; Guernica, en Lúquin; Durango, en Urbiola; Arratia, en Iguzquiza; 1.º, 2.º y 3.º de Alava, en Ayegui; y la caballería de Navarra, Vizcaya y Alava con las partidas, en Allo; quedando en Estella los batallones Don Juan, Eraul y Aragon.

Las disposiciones tomadas por el enemigo la noche del 6, me hicieron creer que á la mañana siguiente emprenderia su ataque, por lo que mandé que antes del amanecer del día 7, se ocupasen las posiciones que á cada cuerpo le estaban destinadas, siendo las mas importantes, la altura de Santa Cruz, extrema izquierda de nuestra linea, Barbárin, las alturas que le dominan, las que coronan á Lúquin, y todas las sucesivas, formando un arco hasta el pueblo de Villamayor, nuestra extrema derecha.

A las 9 de la mañana, se dejó ver la vanguardia enemiga avanzando por el portillo llamado Cogullo, y formando sus masas en la llanura de Barbárin, donde concentró todas sus fuerzas. Uno de nuestros dos cañones situados en Barbárin, dió la señal del ataque disparando contra la caballería enemiga, que hizo alto, adelantando la infantería y parte de su artillería, rompiendo un fuego de cañon con 14 ó 16 piezas, á cuyo apoyo avanzó una fuerte columna de infantería. Esta atacó con gran vigor el pueblo de Barbárin, el cual fué defendido, así como sus alturas, con un denuedo indecible, sin que pudiesen avanzar hasta que el batallon de la Reina, concluidas las municiones, hubo de replegarse sobre el 3.º, que continuó la lucha con igual tenacidad, sostenido á su vez por el 1.º y 4.º, y con tan buena suerte, que el enemigo no pudo pasar la primera altura sobre Barbárin.

Entre tanto, los republicanos habian dirigido parte de sus fuerzas sobre Lúquin y Urbiola, posesionándose de ambos pueblos que estaban abandonados, y destacando desde ellos columnas que atacaron las alturas de uno y otro. Valientemente defendidas por los vizcainos y 5.º batallon de Navarra, fueron rechazados los soldados de la república por todas partes, hasta el punto de ser encerrados en las tres poblaciones, concurrendo oportunamente en la extrema derecha, á este propósito, las fuerzas riojanas.

El 2.º batallon de Navarra que habia consumido sus cartuchos, bajó al pueblo de Azqueta, y municionado de nuevo, marchó con el Sr. General Dorregaray, á quien V. M. ordenó dirigirse á las alturas de Villamayor, y que se acantonara en aquel pueblo durante la noche. La situacion de nuestras fuerzas quedó, pues, de este modo: cinco batallones en Villamayor á las órdenes del Sr. General Dorregaray, con los Sres. Generales Valdespina, Larramendi y brigadier Llorente; cuatro batallones en Azqueta, bajo el mando del General Velasco; unos y otros, cubriendo la altura hasta las inmediaciones de Urbiola y Lúquin. Otros cinco batallones en Arellano con las partidas, y cubriendo su frente hasta Lúquin y Barbárin: estos seguian mandados por los Generales Olla, Argonz, Iturmendi y Mendiri. A retaguardia de Azqueta se situó la caballería con parte de la fuerza alavesa, quedando el resto, que no se habia movido, en Estella.

Establecidas así las tropas, ya de noche, tuve el honor de acompañar á V. M. á esta ciudad á la vez que á sus augustos hermanos que le habian seguido al campo de batalla, siendo despedido V. M. por nuestros bravos, con el mismo entusiasmo con que fué recibido á su presentacion. El día 8 amaneció diluviando, mas no obstante la inclemencia del tiempo, los voluntarios siguieron ocupando las mismas posiciones que el día anterior. Esta copiosa lluvia no impidió á los republicanos hacer una salida simultánea por los tres pueblos, mas enérgica por Barbárin y Lúquin, siendo rechazados igualmente en todos los puntos. A medio día, habiendo cesado la lluvia y mejorado bastante el tiempo, volvió á salir el enemigo de los tres pueblos mencionados, pero con el mismo resultado que por la mañana. Des-

pues de haber S. M. recorrido algunas posiciones, y al subir á Villamayor, fue reconocido sin duda, puesto que al entrar en la población, los cañones republicanos dispararon cinco granadas, una de las cuales reventó muy cerca de V. M., y otra en la casa á donde subió para observar las posiciones enemigas. Pocos momentos después de haber llegado V. M. á Villamayor, cesó el fuego en aquella parte.

Colocadas las fuerzas en las mismas posiciones se retiró V. M. á Estella, teniendo yo el honor de acompañarle.

A las dos de la madrugada del día 9, el general Dorregaray, y después algún otro puesto avanzado, me dieron aviso de que se notaba gran movimiento en los pueblos ocupados por los republicanos, lo que indicaba prepararse para una operación que naturalmente creí debía ser la continuación de su ataque, puesto que la noche era magnífica y el Vía se presentaba de igual manera.

Grande fué mi sorpresa cuando al ponerme en marcha fui recibiendo avisos de que el enemigo emprendía su retirada en dirección á Los Arcos, ocupando con anticipación todas las alturas con su numerosa infantería y una parte de la artillería, y marchando por el llano y carretera el resto de su infantería, artillería y numerosa caballería. Nuestros voluntarios se lanzaron sobre él con el arrojo que les es natural, y á pesar de lo bien que había escalonado sus fuerzas: las masas de su caballería y cañones de largo alcance, le obligaron á retirarse precipitadamente, desbandándose en algunos puntos y dejando en nuestro poder heridos, prisioneros, municiones y considerable porción de harinas y granos que no había podido conducir.

Continuamos la persecución hasta las alturas del Cogullo, no pudiendo descender al otro lado, porque la gran llanura que le sigue estaba ocupada por los 1.000 caballos y 24 piezas de artillería.

Testigo V. M. de estos hechos y de la conducta de los jefes y de los cuerpos, inútil es señalarlos á V. M. que los conoce, pero no puedo menos de consignar que una vez más han cumplido como buenos y como valientes, y que la protección de la Virgen, en cuyo día peábamos, ha sido visible; pues solo así puede explicarse que Moriones, con 16.000 infantes, más de 1.000 caballos y 24 piezas de artillería; Moriones, que había prometido entrar en Estella, y que había ofrecido para conseguirlo, premiar á todas las clases que á su triunfo concurriesen; después de dos días de rudo combate, no se haya atrevido á continuarlo, y el tercero emprendiese una retirada cuya justificación no se comprende, toda vez que una ante fuerza tan considerablemente inferiores, particularmente en caballería y artillería. Solo puede motivarse esta huida por las considerables pérdidas del enemigo en los dos primeros días, y porque al ver la actitud firme de nuestros voluntarios y las buenas posiciones que ocupaban, temiera que una nueva lucha le fuera todavía más funesta. Sus pérdidas, en efecto, han sido grandes. No es posible precisarlas, porque aun en los mismos pueblos donde ha permanecido, se ha ocultado cuidadosamente el número de muertos enterrados, y ni aun en Los Arcos ha querido tomar conocimiento público del total de muertos, heridos y prisioneros. Las nuestras providencialmente han sido tan cortas que no pueden creerse, después de haber presenciado el fuego de los tres días. Cuento de 25 á 30 el número de muertos, y 139 heridos, contando entre estos el coronel Mazaucó, uno de los veteranos de la legitimidad, que á los 75 años de edad ha tenido la gloria de derramar su sangre por la santa causa que defiende desde el año 1821. Herido también fué el Comandante del batallón del Cid.

Lo que, Señor, causaba una dolorosa impresión, V. M. lo ha visto, es el estado en que los revolucionarios han dejado los tres pueblos que ocuparon. No ha quedado en ellos nada, nada, nada. Por consideración al año 1873 en que vivimos, no se puede hablar de ello ni aun calificarlo. Los pueblos por donde V. M. ha pasado, lo bendecían, y bendecían á vuestros voluntarios por haberlos defendido y salvado de la devastación que les amenazaba, y que ya no solamente no es propia de cristianos, pero ni aun de hombres que pretenden de civilizados.

Los heridos recogidos son tratados con la consideración con que siempre los carlistas han mirado á sus enemigos en la desgracia.

Si bien he creído escusado recomendar á V. M. á todos los valientes del ejército, porque V. M. ha sido testigo de los hechos, debo hacer una mención honrosa del servicio nuevamente establecido de ambulancias y de la solicitud con

que son curados todos los enfermos sin distinción.

Pido á Dios, Señor, por la preciosa vida de V. M. tantos años como el bien de España exige.

Cuartel Real de Estella, 11 de Noviembre de 1873.—Señor.—A. L. R. P. de V. M.

Joaquín Elio.

¡POBRES GENTES!

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarlo en necio para darle gusto.

(Lope de Vega.)

Leyendo los periódicos oficiales y oficiales del gobierno de Madrid han acudido involuntariamente á nuestra memoria los anteriores versos con los que, el más célebre de nuestros poetas, pintó gráficamente al vulgo de su siglo pero que pueden aplicarse perfectamente al vulgo de todos los tiempos.

No sabemos que admirar más, si el cinismo y desprecio con que el gobierno de Madrid y los periódicos asalariados por el mismo, engañan á sus amigos y lectores en todo lo que á la guerra se refiere, ó la credulidad de ese *vulgo necio* que tanto más cree cuanto más le engañan, y que, á seguir de esta manera, acabará por creer que los carlistas somos un mito, que no existe uno siquiera en todas las provincias de España, que es una novela, una fábula la guerra civil, las derrotas de los republicanos, las victorias del ejército real y la existencia, por último, de su augusto jefe el valeroso príncipe que, en estos momentos, goza de las dulzuras de la victoria, mientras el desdichado Moriones devora en silencio la amargura de sus derrotas.

Vamos á probarlo: levanta Castells en Cataluña el estandarte de Dios, Patria y Rey y la valerosísima *Gaceta* de Madrid le derrota en 67 encuentros, le ocasiona ocho heridas graves y le mata dos veces, dejándole insensato para que los carlistas le vuelvan á la vida como Jesucristo á Lázaro.

Y el *vulgo necio*, á quien se le habla en necio para darle gusto, cree candidamente cuanto le dicen los papeles de Madrid, y asegura que Castells no existe, y cuando el anciano general se presenta ante sus ojos, exclama con destemplada voz: «no, no; ese no es Castells, es un fantasma evocado por los curas,» y rie y canta y celebra las glorias de sus caudillos.

Envalentonada la *Gaceta* por su primer triunfo, derrota á Savalls ochenta y cinco veces, le acribilla de heridas y cuenta que tiene intención de matarle en breve. Y el *vulgo necio* cree, con una imbecilidad que causa lástima, las maravillosas victorias de la *Gaceta*, y rie y canta y celebra las glorias de sus caudillos.

Ya no hay carlistas en Cataluña; mas como la *Gaceta* no puede vivir ociosa, vuelve sus airados ojos sobre las *fracciones* del Norte, corre sedienta de venganza y ganosa de nuevos lazos sobre estas provincias, y cayendo como *atid desprendido de la montaña* (estilo castelaresco) sobre el *titulado* general Ollo, le vence, le desbarata, le acorrata, le hiere, y blandiendo en seguida su fulminante espada sobre el *titulado* general Dorregaray, le hiere, le acorrata, le desbarata, le vence y le *disuelve*, y el *vulgo necio* cree, con una seriedad inalterable, las extraordinarias victorias de la *Gaceta*, y rie y canta y celebra las glorias de sus caudillos.

Pero la *Gaceta*! Cid de los tiempos presentes, ha jurado *no comer pan á manteles* hasta que haya acabado de exterminar á sus enemigos, y fiel á su juramento cae sobre Lizárraga

á quien con inhumanidad que espanta, derrota ochenta y nueve veces, y le desbarata, y le acorrata, y le hiere; y hiere, y acorrata y desbarata y vence igualmente á Velasco; y el *vulgo necio* cree como artículo de fé, mas que si fuese artículo de fé, las sorprendentes victorias de la invulnerable *Gaceta*, y rie, y canta, y celebra las glorias de sus caudillos.

Un clamor general se escucha en todos los ámbitos de la Península. ¿Qué es esto? ¿De dónde procede? ¿Quién le causa?

D. Carlos de Borbon ha pasado la frontera; ya está en Navarra.

La *Gaceta* alza sus armas, monta su corcel de guerra, y rápida como el huracán llega hasta el campamento del Rey de España; contempla los huestes enemigas, cuenta sus batallones, y en vista del escaso número de combatientes prepárase á descomunal batalla. En Allo, en Dicastillo y en Estella vence, desbarata y acorrata á su real adversario, pero este se resiste, y en Mañeru y Cirauqui añade aquella un nuevo laurel á su corona, y se corona al fin de pámpagos en Monte-jurra en donde otra vez acorrata, desbarata y vence á su enemigo, y los soldados de la *Gaceta* que habían prometido llegar á Estella, entran en Estella... prisioneros, hasta que ya cansada la invicta *Gaceta* de herir y harta de sangre, *vuelve la espalda* á su adversario que *crece* y *crece* hasta tocar las nubes.

¿Qué hace ahora la *Gaceta*? ¿de qué se ocupa?

La *Gaceta* sueña:

Oigámosla:

«Segun despachos telegráficos recibidos hasta la madrugada, y comunicados al gobierno por el Alcalde de Tafalla, no se sabe nada del general en jefe del ejército del Norte, si bien se cree que está en Estella.»

«Despachos posteriores sobre el particular anuncian que la suerte de las armas ha sido favorable á las tropas y que el silencio de los carlistas anuncia su propia derrota.»

Efectivamente, si el general en jefe del ejército del Norte no está en Estella, están en cambio algunos de sus soldados y váyase lo uno por lo otro.

Y si el silencio de los carlistas anuncia su propia derrota, los liberales han debido sufrirla espantosa, puesto que en Estella no se oye otro grito que ¡viva el Rey!, y ¡viva el Rey! gritamos nosotros todos los días.

Mientras tanto, el *vulgo necio* cree como artículo de fé liberal las sorprendentes victorias de la *Gaceta*, y rie, y canta, y celebra las glorias de sus caudillos, y duerme tranquilo sobre sus laureles.

Que duerma: ya despertará cuando el Rey de España entre en Madrid.

LA CARIDAD.

(Inspiraciones del hospital de Irache).

I

¿Quién su voz hace que sueñe
Por estas bóvedas vanas?

¿Quién asoma á las ventanas
Del desierto casaron?

¿Quién á este hogar torna el fuego?
¿Quién le aseca, quién le habita?

¿Es que ha vuelto el cenobita
A su sagrada mansion?

No, es verdad: es que una Reina
Que llora en extraño suelo,
Pone aquí suave consuelo
Al dolor y á la horfandad.

Y es por esto quien levanta
A la vida este recinto,
Quien le alegra, quien le encanta
LA CARIDAD.

II.

Vió en esta bendita tierra
Valientes que peicaba
De fé y de honor en la guerra
Por Dios, la Pátria y el Rey;
Y dijo: «Seré yo sola
Quien no haga en la empresa nada?...
Probará la desterrada
Su amor á la santa grey.»

Y formó en su claro ingenio,
A quien un ángel inspira,
De una institucion mentira
Una institucion verdad;
Y apartando cuidadosa
Filantrópicos engaños,
Dejó sencilla y hermosa
LA CARIDAD.

III.

Bien pronto el amante fuego
Que su corazon inflama
Prendió fervorosa llama
En mil pechos á la vez;
Y la virtud, la riqueza
Y la ciencia y el talento
Secundan su pensamiento
Con pasmosa rapidez.

Y aquí se cura y descansa,
O en brazos amantes muere,
Todo leal á quien hiere
Del plomo la crueldad;
Que á todos tiende su manto
Y á todos blanda cobija
Con arrobador encanto
LA CARIDAD.

IV.

¡Bella dama, ilastre Reina!
¡Corazon noble y hermoso!
Si aquí, al lado de tu esposo,
Te fuera dado venir,
Y del herido sentarte
Junto al esmerado lecho,
¡Cuánto gozara tu pecho
Que tan bien sabe sentir!...

Gózate empero en la idea
De que tu invento sublime
Duelos sin cuenta redime
Con solícita piedad;
El tu augusto nombre abona;
Y en el Trono y en el Cielo
Será tu mejor corona
LA CARIDAD.

Antonio de Valluena.

Convento de Irache, 9 de Noviembre de 1873.

«Donde mi caballo pone la herradura, no
puede á crecer la yerba.» Estas palabras que
la historia atribuye á Atala, no encierran tan-
ta barbarie como la de algunas hordas que

bajo el nombre de ejército liberal, asolan
gran parte de nuestra España. Diariamente
sus hechos obligan á dudar de si estamos en
la culta Europa, ó en las mas salvajes regio-
nes del Africa ó de la Oceania. Aquí el robo,
mas allá la violacion, luego la mutilacion y el
asesinato, mas adelante el incendio y el sa-
cilegio, tales son, entre otras de igual géne-
ro, las huellas que esas hordas van dejando,
las hazanas que mas las caracterizan.

Por la prensa se han denunciado muchos
de estos crímenes, pero son en mayor núme-
ro los que no logran publicidad tanta. La fre-
cuencia con que se cometen, los coloca ya
entre los sucesos ordinarios que pasan gene-
ralmente desapercibidos. De cuando en quan-
do, sin embargo, conviene llamar sobre ellos
la atencion, á fin de que nadie olvide lo que
son nuestros enemigos; y por eso vamos á re-
ferir, siquiera sucintamente, algo de lo que
las llamadas tropas de Moriones hicieron, des-
de el dia 7 al 9, en los pueblos de Luquin,
Barbárin y Urbiola, que tuvieron la infausta
suerte de servirles de albergue en la batalla
de Montejurra. ¡Pobres pueblos! En ellos no
quedaría tan triste memoria ni de una nube
que descargase á torrentes granizo y fuego.

La propiedad fué atacada cual no lo seria
por cuadrillas de foragidos. Estos roban, mas
por lo comun, no destruyen; y la gente de
Moriones, no se ó robó cuanto le plugo, sin
exceptuar ni la ropa de las mujeres, ni aun
lo perteneciente á liberales, sino que poseida
de vandálico frenesí, rompió muebles, redujo
á trizas la misma ropa de los niños, quemó
hasta colchones, puertas y ventanas, derramó
sin tasa el vino, el aguardiente y el aceite
que los cosecheros guardaban en sus vasijas,
mezcló con estiércol el grano de los graneros,
destruyó edificios, entre ellos alguna casa en
que habia heridos, y por decirlo de una vez,
dejó sumidas en la miseria y desolacion po-
blaciones que vivian en la abundancia.

Que tampoco respetó á las personas, su-
pérfluo es consignarlo. Varios y de varia es-
pecie, incluso la violacion y el asesinato, son
los atropellos que se refieren, de los cuales no
citaremos sino uno, el de haber arrancado de
su cama en Barbárin á un herido del 2.º ba-
tallon de Navarra, arrojándolo á la calle, pin-
chándolo á bayonetazos, cortándole las nari-
ces, dándole, en fin, una muerte que recor-
darse no puede sin horror y estremeci-
miento.

¡Y eso despues de haber pasado Moriones
al Excmo. Sr. Comandante general de esta
provincia una comunicacion ofreciendo res-
petar los heridos!!!

Y como acostumbrado complemento de or-
gias semejantes, los templos fueron de diver-
sas maneras profanados, y las sagradas imá-
genes objeto de brutales é impías irrisiones.

Todo esto es notorio, y al titulado gobierno
de Madrid facilitaremos medios de averiguar-
lo si se atreve á ponerlo en duda. Pero ni
abrirá informacion seria sobre el asunto, ni
ha de aplicar el mas leve correctivo. Con tal
de que sus soldados no se le insurreccionen, y
cual manada de esclavos se batan por seste-
nerle, lo demás nada le imparta.

¿Cómo ha de proceder de otro modo? Si
roban, ejemplo les da de ello con exaccione;
que ejecuta ó autoriza y son verdaderos sa-
queos, y con otros actos no menos atentato-
rios al derecho de propiedad; en lo cual, por
otra parte, nada hay de extraño, supuesto que
la Revolucion, á que uno y otros sirven, es
negacion de este derecho, y mas ó menos rá-
pidamente, va al despojo universal por siste-
ma.

Si destruyen, ¿quién, sino la Revolucion,
ha cubierto á España de ruinas? Si en sus ata-

ques á las personas llegan al mas feroz salva-
gismo, ¿por ventura son menos criminales que
quien, á sangre fria y mofándose de sus pro-
pias leyes, envía inocentes por millaras á Cu-
ba, á perecer unos del vómito negro, otros
cruel y traidoramente macheteados en la ma-
nigua? ¿No responden á las enseñanzas de la
revolucion, cuyos instintos son de sangre y
muerte, y cuya historia es larguísima cadena
de los mas feroces crímenes?

Y si al mundo horrorizan con sus acríle-
gios, ¿el pretendido gobierno que les paga, no
representa la impiedad más cínica y misera-
ble? No quisiera que todas las imágenes sa-
gradas, y todos los templos del Dios vivo, y
hasta el dulcísimo nombre de Jesus desapare-
ciesen de la tierra? ¿No es, en fin, la Revolu-
cion el Satanismo?

Ya lo sabéis, pues, habitantes de Navarra,
habitantes de toda la península. En valde, en
valde seria esperar del intruso gobierno de
Madrid algun remedio, por mas que con hipó-
critas protestas y acuerdos teatrales, procure
tal vez engañar la opinion pública. El remedio,
y remedio cumplido, está en otra parte, y de
vosotros depende que sea mas ó menos pronto.
Un esfuerzo vuestro bastará para que cual
humo se disipen esas hordas que tanto os ti-
ranizan y afrontan, y para que al imperio de
la Revolucion suceda en todo España el de la
justicia, tan dignamente representada en nues-
tro augusto soberano el Sr. D. Carlos VII.

Arriba, pues! A las armas, los que no las
habeis empuñado todavia! A defender vues-
tras haciendas, vuestros hogares, vuestra hon-
ra y vuestra vida, la vida y la honra de vues-
tas familias, los templos de nuestro Dios, la
fé y la libertad cristiana! Arriba todos, que,
con el divino auxilio, nada mas es necesario
para que el suelo pátrio quede libre de la in-
munda planta de los impios!

SECCION DE NOTICIAS.

Vamos á referir un rasgo notabilísimo que
demuestra de una manera evidente el acen-
drado amor que inspira á sus súbditos nuestro
augusto Soberano, así como lo arraigadas que
están en sus corazones las santas creencias que
el egregio Monarca representa.

Cuando S. M. regresaba á Estella el dia 9
despues de reconocer los campos de Urbiola y
Barbaria, en donde acababa de alcanzar me-
morable victoria sobre el ejército republicano,
encontró á su paso una pobre mujer que des-
hecha en lágrimas pronunciaba con lastimera
voz estas palabras: ¡Hijo mio, hijo de mi
alma!

Detuvo su caballo el Rey, y aproximándose á
la desconsolada mujer, preguntóla cariñosamente
cuál era la causa de su dolor, á cuya
pregunta contestó así la interpelada:

—Lloro, Señor, porque he sabido que acaba
de morir mi hijo en la batalla.

Visiblemente conmovido el Rey, prodigó
palabras de consuelo á la pobre madre, pre-
guntándole de nuevo:

—¿No tienes otros hijos?

—¡Ah!, no señor; era el único, pero estoy
contenta de que haya muerto por servir á su
Rey, y si cuatro hubiera tenido, todos ellos es-
tarían al servicio de V. M.

Jueguen ahora nuestros lectores si dijeron
nada mas sublime las renombradas mujeres
de Esparta.

Por olvido involuntario dejamos de consig-
nar en el núm. anterior los importantes servi-
cios prestados en la última accion por el primer
ayudante farmacéutico del Real cuerpo de

artillería, el cual curó hasta 48 heridos sobre el campo de batalla en los momentos de mayor peligro, recogiendo además, en Azqueta los que iban llegando del lugar del combate.

Para que nuestros lectores comprendan el contraste que forma en las poblaciones la conducta vandálica de los soldados republicanos y el proceder humanitario de los voluntarios del Rey, es curioso dejar consignado el hecho siguiente:

Apenas las tropas de Moriones escaparon de Los Arcos, los soldados carlistas, que en todas partes se hallan, se apoderaron de unas 8.000 raciones, conducidas para los liberales. En seguida, mirando el estado de miseria y de ruina en que habían quedado los pueblos, los jefes carlistas se apresuraron á calmar tanta desolación con un rasgo generoso, repartiendo entre todos, pobres y ricos, la presa que hicieron; acto que les valió las bendiciones y los vítores de los mismos que estaban maldiciendo la barbarie de las hordas que llevando consigo el salvajismo, la muerte y el robo, todavía se precian de civilizadas.

La villa de Lequeitio, que se honraba hasta ahora con los dictados de Noble y Heroica, ha añadido á aquellos el título de Fidelísima con que recientemente ha sido agraciada por S. M. el Rey.

En Los Arcos exigió el cabecilla Moriones dos mil fanegas de trigo, y como no pudiese el pueblo facilitar tan enorme cantidad de aquel grano, se llevó á Logroño en calidad de rehén á dos acaudalados propietarios para que allí lo comprasen.

Hé aquí una hazaña digna del héroe de Montejurra.

Acaso algunos lectores extrañen que no demos ciertas noticias de movimientos y operaciones militares, ni otras que de boca en boca circulan favorables á nuestra causa.

En cuanto á las primeras, la reserva es virtud principalísima, pues sin ella podíamos comprometer las mejores combinaciones de nuestros generales; y respecto á las segundas, no queremos hacernos eco sino de lo que á nosotros llegue, ó con pruebas suficientes, ó por conducto bastante autorizado.

En el día de su santo, S. M. se dignó elevar á la categoría de Mariscal de Campo al Brigadier 2.º jefe de la división de Alava Don Torcuato Mendiri, y con igual fecha fué ascendido á Brigadier el Coronel gobernador militar de esta Plaza D. Ramon Senosiain.

Reciban los agraciados nuestra cordial enhorabuena.

El lunes de la semana corriente marcharon á Francia SS. AA. RR. los Sermos. Infantes D. Alfonso y D.ª María de las Nieves, su augusta esposa.

S. M. salió á despedirlos á larga distancia de la ciudad regresando al anochecer á Estella.

Durante su estancia en esta, los Sermos. Infantes han recibido las mayores muestras de respeto y cariño de parte de sus leales habitantes, y sabemos, porque lo hemos oído de augustos labios, que SS. AA. han quedado sumamente complacidos de los obsequios que se les han tributado.

¡Dios conceda el mas feliz término al viago de SS. AA!

Casi imposible es precisar el número de bajas que tuvieron las fuerzas republicanas en la batalla de Montejurra, pues los muertos fueron enterrados en distintos puntos y los heridos llevados en su mayor parte á Logroño. De estos pasaron por Los-Arcos ciento cuarenta y ocho carros y en cada uno iban de seis á ocho. Tan triste convoy era escoltado por algunas compañías al mando del coronel Pajardo. Debemos hacer constar que en su precipitada retirada, abandonó 24 heridos de los cuales algunos fueron trasladados por nosotros al hospital de Irache, donde reciben la esmerada asistencia que su grave estado reclama.

—Al llegar á Los-Arcos Moriones, quiso averiguar el número de bajas que había tenido en los tres días, pero un brigadier le hizo observar que no era prudente hacerlo en un pueblo de tan cortas dimensiones donde el soldado comprendería al momento toda la extensión de la derrota sufrida. Los regimientos mas castigados fueron los de San Quintín y Asturias; este último quedó casi en cuadro.

—Hemos visto campos de viña removidos y arrancada la vid, lo que parece indicar que han servido de sepultura para muchos.

—En Los-Arcos los bandidos de Moriones trataron de vender los objetos robados en Luquin, Barbarin y Uñola; pero los honrados vecinos de aquel pueblo, rechazaron con indignación las ofertas, protestando de esta manera contra la villana conducta de los saqueadores.

—El primer día de combate se observó por los prisioneros y heridos que los soldados republicanos se hallaban todos en verdadero estado de embriaguez. Solo así se comprende que lograra Moriones hacerlos avanzar en los primeros momentos. No calificamos el procedimiento, pues nos basta denunciario á todas las personas honradas. ¡Que dirán las madres de aquellos infelices que murieron sin tener conciencia de donde se hallaban!

—El famoso Moriones había ofrecido á su ejército que al entrar en Estella recibirían los oficiales un ascenso, dos años de rebaja los soldados y además un duro por plaza. No dirá que no somos galantes los carlistas que lo hemos ahorrado tan dispendioso desembolso.

—El Comandante de armas de Los-Arcos cojió al enemigo en su retirada dos carros de pan y uno de tocino que por disposición del Sr. Comandante general de Navarra fueron repartidos en los pueblos de Luquin, Barbarin y Uñola que tanto han sufrido con la estancia del enemigo.

—Algunos oficiales jóvenes que han venido á la guerra con Moriones creyendo que era muy fácil derrotar á los carlistas y conquistar un empleo toda vez que en Madrid no se sabe mas que lo que el gobierno dice, se mostraban pesarosos y protestaban en alta voz en Los-Arcos de que habían sido engañados.

—Para que se comprenda el pánico que se había apoderado del enemigo despues de la desastrosa retirada á Los-Arcos, bastará decir que el ardid usado por el Comandante de armas de este pueblo de encender durante la noche algunas hogueras en los cerros inmediatos, les produjo tal confusion y espanto que

antes de romper el día marcharon hácia Logroño abandonando gran cantidad de viveres que cayeron en nuestro poder.

—Nos falta espacio para describir el entusiasmo recibimiento que tuvieron en Estella los batallones que el día 9 entraron acompañando al Excmo. Sr. General Elio, y que volvían del campo de batalla. Frenéticos vivas al Rey y al ilustre General resonaban por todos los ámbitos de la ciudad. Hombres y mujeres abrazaban locos de júbilo á aquellos heroicos soldados que despues de tres días de sufrimientos y privaciones regresaban alegres y satisfechos como si nada hubieran padecido. Hay escenas en las que se siente pero que no pueden ser descritas ni aun pálidamente, y esta fué una de ellas.

El veterano general Don Manuel Palacios ha sido designado para desempeñar el importante cargo de Comandante General de Valencia.

S. M. ha recibido una respetuosa carta del Jefe legitimista D. Pascual Cucala, fechada en Carlet, reino de Valencia, en la que le dá cuenta de las últimas operaciones militares, así como del gran incremento que de día en día toma el alzamiento en aquella parte de España.

Nos consta que S. M. está altamente complacido del heroico comportamiento de aquel valeroso caudillo que con una fe y entusiasmo, dignos de la causa que defiende, hace diez y siete meses que sostiene enhiesta la bandera de la legitimidad.

Segun noticias que juzgamos verdícas, las fuerzas legitimistas ascienden en aquel reino á 15.000 infantes y 700 caballos, al mando de los intrépidos jefes Sres. Vullies comandante general del Maestrazgo, Santés, comandante general interino de Valencia, Cucala, Mir, Giner, Corredor, Cabanes, Vidal, y otros cuyos nombres no recordamos en este momento; todos los cuales ocupan en el Real ánimo de S. M., el distinguido lugar que les corresponde.

Por lo que hemos oído á los prisioneros y las noticias que se reciben de los confidentes, así como por los informes de las gentes de Urbiola, Luquin y Barbarin, puede asegurarse que las bajas del enemigo no son menos de 4.500. La desproporcion que se observa entre las suyas y las nuestras, se explica perfectamente, teniendo en cuenta que nuestras fuerzas ocupaban ventajosas posiciones que ellos atacaron en grandes masas y atravesando el llano.

ADVERTENCIA.

Todos los que quieran encargarse de la venta de el periódico EL CUARTEL REAL, pueden dirijirse á la Administración del mismo, calle Mayor, 45, principal, manifestando el número de ejemplares que necesiten.

Cada mano de 25 ejemplares costará á los expendedores CINCO reales vellón.

Imp. REAL, á cargo de E. Perez.